

CARTA ESTADOS UNIDOS

Hace unos días leí en el *Wall Street Journal*, el diario financiero de Nueva York, que España espera más de trece millones de turistas durante este año 1965.

Se dice que la mayoría serán europeos, pero el número de los americanos también alcanzará casi los dos millones.

El interés por España, causado en gran parte por el magnífico pabellón en la Feria neoyorquina, es evidente ahora más que nunca. Cuando estos días veo el número de la revista turística *Hollyday* del mes de abril dedicado a España, y que el *National Geographic* de marzo también publica, ilustrado con bellísimas fotografías, un espléndido artículo sobre España, me pregunto:

¿Qué es lo que atrae a los turistas a España, y a los turistas estadounidenses en particular? No será solamente el sol, como dicen los europeos del Norte, o las corridas de toros, como piensan aquí los que todavía leen o recuerdan a Hemingway. No; veo claramente que la gran atracción de España, como ha pasado en la Feria de Nueva York, es el ambiente producido por la simpatía y hospitalidad del pueblo español y por sus paisajes, con todas las posibilidades de color y de luz.

No será, pues, extraño que precisamente en estos últimos años de tan gran tráfico turístico de toda clase de gentes—muchas con un alto nivel intelectual—nos demos todos cuenta que el factor más importante para la creación de un ambiente de nuestro agrado es de índole arquitectónica, de una arquitectura que ya ahora la entendemos no solamente como la experiencia visual de un edificio o de un monumento, sino una arquitectura como un espacio total, tanto exterior como interiormente, tanto en sí misma como en relación con otras estructuras y otros ambientes en armonía del vacío y del lleno.

Con esta nueva comprensión del ambiente arquitectónico a escala humana los turistas americanos están notando, poco a poco, qué pobres son estos conjuntos suyos de la llamada civilización moderna.

Unos edificios aun bien concebidos arquitectónicamente como estructuras individuales, pero sin poder encontrar una propia vecindad, chocan con el vacío de las enormes zonas de los estacionamientos de coches o en otros casos con los grupos de casas abandonadas a su mala suerte por las amplias carreteras que cortan sin escrúpulos la ciudad por la mitad. Con el tiempo el número de estas vías se multiplica, las carreteras se ensanchan más y la ciudad desaparece. Luego ocurre, y no es broma, amigos, que a tal conjunto se le llame Los Angeles.

Es, pues, lógico que en estos momentos tan críticos para el futuro desarrollo de este gran continente norteamericano el Gobierno mismo de Washington se interese sinceramente por el ambiente donde se desarrolla la vida de esta nación. Y así el Presidente Johnson, en su mensaje inaugural de la Unión, subrayó con determinación la urgente necesidad de crear un paisaje americano más hermoso, tanto en su planeamiento regional como urbano.

La conservación de la naturaleza no consiste solamente en la preservación de los parques nacionales.

"Yo propongo—dijo el Presidente—incrementar la belleza de América y dar fin al envenenamiento de nuestros ríos y del aire que respiramos. Tenemos que hacer el nuevo y sustancial esfuerzo para mejorar el paisaje de nuestras carreteras con los sitios apropiados para el descanso.

"Nuestras ciudades necesitan programas más imaginativos para transformar los espacios urbanos actuales en otros de belleza y de recreo.

"Propongo—continuó el Presidente Johnson—que hagamos un esfuerzo nacional para hacer de la ciudad americana un sitio mejor y de más estímulo para vivir.

"El pueblo sano e instruido necesita un ambiente en armonía con sus esperanzas. En nuestras zonas urbanas el problema principal consiste hoy en proteger y restaurar la satisfacción del hombre como miembro de una comunidad en la que pueda encontrar seguridad y satisfacción física y espiritual. La primera etapa es romper con los viejos moldes, empezar a pensar, trabajar y planear el desarrollo de las áreas metropolitanas completas.

"Nuestra sociedad no será nunca armoniosa hasta que nuestras ciudades no lo sean.

"Nosotros tenemos que actuar para prevenir lo repugnante de América"—concluyó el Presidente—, añadiendo: "En los cuarenta años que vienen tendremos que reconstruir totalmente el ambiente urbano de los Estados Unidos."

Para un europeo que nunca haya visitado América quizá este programa político del Gobierno de Washington no sea completamente comprensible, tanto más que todo lo escrito o visto en las películas de Hollywood no se parece a la descripción real de los observadores que viven aquí. Después de tantos años de falta de un orden planificador a causa del "dogma" americano que dice que la libertad es hacer lo que le dé a uno la gana (*free enterprise*), el problema de eliminación de la fealdad, de restauración de limpieza urbana y regional es de tanta magnitud que la responsabilidad por parte de todos los interesados en ello es de una indiscutible seriedad.

Y con respecto a esta responsabilidad el Presidente Johnson dijo:

"También tenemos que reconocer y animar a todos los que puedan dar ideas para la mejor comprensión e imaginación del pueblo americano."

No cabe duda que este amplio campo de creación de tal ambiente en que uno podrá vivir mejor está abierto, en primer lugar, a los arquitectos, a los paisajistas y a los artistas de toda índole.

Pero la solución no es fácil. La máquina burocrática se hace cada día más complicada. Los nuevos programas urbanísticos se tropiezan con las controversias, las demoras o la inercia del público, que parece estar poco interesado en el asunto. Los apartamentos en las zonas renovadas de la ciudad cuestan más que las casas de madera en las afueras. Los especuladores quieren aprovecharse de la situación. Y el entusiasmo de los arquitectos no va siempre paralelo con los resultados conseguidos.

La sociedad no parece estar todavía preparada para aceptar este gran esquema de Washington. Sin embargo, uno espera justificadamente que la contribución de los arquitectos sea de tal medida que el sueño americano o el de Johnson sea una realidad y todavía en este siglo XX.

Y para terminar, con este dibujo de Saul Steinberg, uno se pregunta ansiosamente:

¿Será necesario huir de esta civilización nuestra para encontrarse a sí mismo en un ambiente aislado derivado de la Naturaleza, pero limitado por la circulación del hombre-capullo?

Supongo y confío que no.

Saludos, amigos.

ADAM MILCZYNSKI KAAS

Arquitecto

